

una mujer que es la alegría de los cielos y de la tierra; que tiene en sus manos las llaves del perdón y de la misericordia; cuya mirada de amor es talismán que atrae los corazones y cambia las almas; cuyo aliento es bálsamo infalible para curar las heridas del espíritu. Pero El quiere nuestra compañía; á eso ha venido: á vivir entre nosotros para que nosotros vivamos con El.

Maria se le acerca... está temblando... Bésale, Maria, bésale, que tus besos son el maná divino de que se alimenta; bésale, que al contacto de tus labios virginales sentirá calor divino su carne virginal. El niño sueña... sueña que el corazón de su madre es traspasado con el dardo más cruel; sueña que está derramando su sangre preciosa por los hombres y que los hombres la pisan; sueña que abren su santísimo costado con una lanza y que la sangre que brota, recogida por los ángeles, es ofrecida á los hombres y los hombres ingratos! derraman por los suelos aquella sangre divina. Lloro el niño la ingratitud de los hombres!....

El niño duerme; ya no llora.... En sus labios se dibuja una sonrisa que alegra los cielos... sabéis por qué? sonríe á nuestros afanes, sonríe á nuestras buenas disposiciones, nos ve llegar á sus plantas para rendirle el homenaje de nuestra adoración.

Aquí estamos, Niño hermoso, miranos con ojos de piedad.

Pero ¿aún tiembblas? Tienes frío? Miranos: Jesús amante, adorando tu Majestad increada, besando tus pies santísimos, calentándote con el fuego de nuestro ardiente amor. Jesús mío: que no se extinga este fuego!; que la caridad, Dios mío, presida nuestras acciones.

OMNIA NOSTRA IN CHARITATE FIANI (1).

Amen.

(1) 1.º á los Corint, XVI, 14.

Dísete a ME quia mitis      Aprended de MI que soy  
sum et humilis corde.      manso y humilde de corazón.

SAN MATHEO.—CAP. XI VERS. 29.

Charitas aedificat      La Caridad edifica

EPIST. 1.ª DE SAN PABLO Á LOS DE CORINT. CAP. VIII VERS. 1

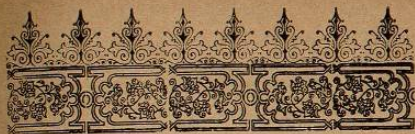
Charitas patiens est, benigna est; charitas non aemulatur, non agit perperam, non inflatur—Non est ambitiosa, non querit quae sua sunt; non irritatur, non cogitat malum—Non gaudet super iniquitate, congaudet autem veritati Omnia suffert, omnia credit, omnia sperat, omnia sustinet—Charitas nunquam excidit.

La caridad es paciente (lleva con resignación las faltas del prójimo, perdona las injurias etc. etc.); es benigna (se atempera, en cuanto la ley de Dios lo permita, á los gustos de los demás). No es envidiosa (al contrario, tiene como bien propio el bien ajeno). No obra precipitadamente (No se fia de su propio consejo ni es temeraria en sus principios) No se ensalza (Juzga superiores á sí á los demás) No es ambiciosa, no busca sus provechos (Tiende, antes al provecho del prójimo) No se mueve á ira, no piensa mal (Echa el manto de la disculpa sobre los defectos del prójimo) No se gosa de la iniquidad, mas se gosa de la verdad (de lo que se conforma con la ley) Todo lo sobrelleva, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta (sobrelleva las rarezas y las genialidades del prójimo y lo bueno que le dicen de él lo cree, confía en su emienda y sufre todo cuanto sea encaminado al bien de los demás). La Caridad nunca feneces (Ni fenecerá).

EPIST. 1.ª DE SAN PABLO Á LOS CORINT. CAP. XIII

VERS. 4, 6, 7 y 8.

CARIDAD Y  
MANSEDUMBRE



**D**IOS ES AMOR! Dios es infinitamente amable porque es la perfección infinita. Por el bien y la perfección suspira el corazón del hombre, que en tanto tiende á una cosa en cuanto en ella descubre alguna bondad. Si la bondad es objetiva, el hombre ha acertado; si la bondad es subjetiva, el hombre puede engañarse y de hecho muchas veces nos engañamos, viendo en los objetos lo que no hay, lo que en ellos coloca nuestra imaginación exaltada. Cuando amamos á Dios estamos seguros del acierto, porque la bondad de Dios radica en su esencia; entonces somos completamente felices, porque la suprema felicidad consiste en la posesión del Bien supremo y amando á Dios poseemos el bien supremo que es Dios. Le tenemos como nos es posible aquí abajo, en prenda de la total y perfecta posesión que nos está reservada en la otra vida.

La vida es un mar de lágrimas... Guiados por el amor cruza ese mar proceloso la débil barquilla de nuestra existencia. La vida es una noche de furiosas tempestades... La estrella del amor rasga los densos nubarrones que nos ocultan las maravillas del Cielo para iluminar nuestra inteligencia y darnos el consuelo y la esperanza. En vano es

el buscar en otra fuente que en la fuente del amor la causa de las grandezas de la inteligencia, el porqué de las heroicas virtudes, la razón de esas empresas que asustan, que producen en nosotros un asombro inexplicable, que suspenden nuestra atención. ¡Empresas de coloso! El coloso no cede en sus empeños á la vista de obstáculos que parecen insuperables; dificultades que parecen invencibles no le hacen vacilar. Con la confianza de un éxito seguro, tanto es más grande cuanto más difícil se le presenta la consecución del anhelado fin y hácia él corre, valiente, enérgico, brioso, sin temores y sin dudas, porque el amor le inspira, el amor le alienta y le sostiene, el amor le llama y le atrae y el amor le hace invencible.

El hombre, hermanos, siempre obra á impulsos del amor, porque siempre busca el bien: el bien verdadero ó el bien falso, el bien real ó aparente, el bien objetivo ó subjetivo. El amor es uno, pero presenta tres aspectos: es un árbol con tres ramas; una fuente de donde brotan tres arroyos, cuyas aguas serán frescas, cristalinas y potables si no se las dificulta en su corriente tranquila, si el corazón humano, ó con falta de buen juicio ó con sobra de malicia, no envenena aquellas aguas. Estos tres aspectos, estas tres ramas, estas tres fuentes son: *el amor á Dios; el amor al prójimo; el amor á nosotros mismos*. El primer amor siempre es noble, siempre hermoso, siempre digno y elevado, siempre nos engrandece, siempre nos dignifica, porque solo en Dios descansa el corazón agitado; solo Dios, que es el Bien sumo, puede llenar el vacío que en el fondo del corazón se dignó abrir la Mano creadora. ¡Inquieto está, Dios mío, nuestro corazón hasta que descansen en Ti; á Ti tiende, á Ti te busca, por Ti suspira... Tú solo puedes llenarle: siente fiebre de lo infinito, tiene hambre de verdad y la verdad infinita eres Tú. Si en Dios y para Dios amamos á nuestro prójimo, si perseguimos su bien sin perju-

dicar á nadie, si el amor con que nos amamos consiste en ser ejemplares, ajustar nuestra conducta á las máximas del Evangelio, en tener celo exquisito de nuestra buena conciencia, nobles son estos amores que nos conducen á Dios. A Dios van estos amores como las aguas de los ríos van á la mar.

Hermanos: la caridad en su absoluto concepto y en sus genuinas manifestaciones, y la humildad inseparable del amor, por que sin humildad no hay amor, ni sin amor hay humildad, nos hacen grandes, nos hacen felices en la tierra, con la felicidad posible de aquí abajo, y nos labran la felicidad absoluta de la gloria.

*Meditémoslo.*

AVE, MARIA....

DIOS ES AMOR! Objeto del amor del Padre es el Hijo unigénito; término del amor del Padre y del Hijo es el Espíritu Santo. Amor es, por consecuencia, la Santísima Trinidad. El amor nos presenta á Dios encarnado, á Dios humilde, á Dios coronado de espinas, acusado de impostor y de soberbio, oculto tras la debil vestidura de los accidentes eucarísticos, clavado y muerto en la cruz. Amor ha de ser el hombre que aspira á la corona de la inmortalidad, porque, si quiere salvarse, se ha de parecer al modelo de los modelos. Dios lo ha dicho: *nadie será salvo sino aquel á quien el Padre encuentre conforme á la imagen de su hijo.* Y la imagen de su hijo es la imagen del amor; de ese amor de donde brotan la humildad y la mansedumbre, solidísimas columnas sobre las cuales descansa el edificio de la virtud. «APRENDEDE MI QUE SOY MANSO Y HUMILDE DE CORAZÓN,» con la humildad y con la mansedumbre de la sencillez, no con aquellas que son obra de estudio, tras las cuales se descubre el artificio y que acusan al criterio menos sano todo el refinamiento de una soberbia satánica; la mansedumbre del alma: no la hipócrita y farisaica de los labios; la humildad del corazón: no la humildad de la boca.

La soberbia es madre de todos los vicios y por consiguiente, de todos los defectos morales. De la soberbia nace el árbol maldito del fariseísmo, cuyas ramas sostienen frutos de abominación. El Santo Evangelio nos habla de los conceptos durísimos que Nuestro Señor Jesucristo tuvo para los hipócritas y de las agrias censuras que para los fariseos brotaron de los labios angostos del Salvador.... Qué horrible, qué despreciable, qué aterrador es el cuadro del fariseísmo y de la hipocresía! El fariseísmo es el mayor y el más repugnante de todos los crímenes! El criminal se obceca, se obsesiona, se rinde, es cierto, á la

brutal exigencia de la pasión, de la ira, de la venganza; pero se goza en el mal, porque cree hallarse satisfecho cuando se ha vengado del enemigo: el fariseo no es esclavo de una sola pasión; lo es de todas: no alimenta un solo vicio: los alimenta todos y se complace en el mal por el mal mismo! ¡La más incomprensible de las aberraciones de la voluntad! El criminal, cuando aborrece á uno, le declara la guerra constantemente, le manifiesta su encono bien á las claras, le niega el saludo, avisándole así para que esté prevenido y se disponga á la lucha: el fariseo es ¡la encarnación de Lucifer! Siempre es cobarde; siempre hece la guerra de una manera solapada...; cuando se encuentra delante del enemigo, lleva miel en los labios y hiel en el corazón; tiene dulzura en la lengua y veneno en el alma; le abraza con la mano izquierda para con la derecha clavarle el puñal y herirle de muerte!

El amor ha de guiar nuestros pasos, el amor ha de ser el norte en el revuelto mar de la vida, el amor ha de fulgurar en las entrañas de nuestra inteligencia; el amor ha de presidir las relaciones entre la carne y el espíritu; en alas del amor ha de ir el corazón del hombre al corazón de Dios, para unirse á él, para estrecharse con él, para aprender á cumplir los mandamientos divinos, que son mandamientos de amor; y, empujando así la voluntad de nuestro Señor Jesucristo, subir, sin temores, sin recelos, con la garantía de salir airosos en nuestra empresa, á las alturas de la gloria y pedir que se nos abran las puertas de la vida, que se abrirán á nuestro ruego, y entraremos á descansar de las fatigas, de los sinsabores y de los trabajos, abismándonos en el seno de la misericordia de Dios, que es el mar de la ventura, el oceano de la vida de la verdad y de la luz: *Si quieres entrar en el mundo de la vida, guarda los mandamientos.*

Con la caridad somos felices; con la caridad todo lo podemos en Aquel que nos conforta; y si la desolación parece las sombras de la muerte por toda la tierra; si parecemos avocados al mayor de los cataclismos que en la historia se registran; si observamos por todas partes un terrible malestar, fruto del desconcierto que nos aniquila, nos empobrece y nos confunde; si la apoteosis de la discordia se ha entronizado sobre conciencias enclenques, sobre espíritus enfermeizos, sobre corazones corrompidos ó apocados y los embajadores del infierno: el odio, la envidia, el orgullo y la soberbia, pasean el cetro de Lucifer por el mundo, ya sin bríos y sin fuerzas, abandonado á la inacción, consumido por los estragos de una dolencia mortal y establecen antagonismos terribles entre los que mandan y los que obedecen, cortan las corrientes armónicas entre el rico y el pobre, rompen los lazos de unión de las familias, prostituyen los afectos, bastardean las amistades, lo supeditan todo al interés personal, á la pasión del medio y del lucro, en una palabra, el paganismo romano con todos sus crímenes, con todas sus aberraciones, con todas sus infamias, con todas sus horrendas impiedades, es porque se ha declarado guerra á muerte á la caridad y á la mansedumbre, al amor y á la humildad.

Todos esos engendros infernales, que venimos enumerando, nos dominan, nos subyugan, nos hacen pequeños y miserables, porque los vicios han arrancado de nuestra alma la semilla de la humildad y han apagado la centella de la caridad en nuestros corazones. ¡No hay caridad, hermanos! He aquí la razón categórica de todas las desgracias que nos afligen, la clave poderosa para resolver todos los problemas que nos preocupan. No está la nación extenuada, ni somos débiles y pobres, ni la raza latina sucumbe víctima del raquitismo por los desaciertos de los de arriba solamente, ni solamente por la insubordinación de

abajo; todos somos responsables: los gobernantes déspotas y los gobernados indómitos; los ricos opresores y los pobres sin disciplina; todos, todos somos responsables! La caridad une; la unión es la fuerza y el orden, y el orden y la fuerza conducen al triunfo. Pero la caridad ha desaparecido y con ella el orden y la armonía! Así es que vivimos sin entendernos en una perpetua Babilonia.

Hay que reconstruir este edificio que se arruina; hay que trabajar sin descanso y sin sosiego por la regeneración del mundo. Todos! porque á todos nos obliga: cada uno en su esfera de acción, cada cual cumpliendo con escrupulo esmerado el encargo que haya recibido de Dios. A restablecer el monumento del bienestar del mundo sobre las columnas de la caridad y de la mansedumbre: á esparcir por toda la tierra la simiente del amor y de la humildad.

Con el aire regenerador de la caridad hay que dar oxígeno á las almas, purificando el ambiente emponzoñado con las venenosas emanaciones de una democracia y de un socialismo ateos; hay que rociar los corazones con el bálsamo de la caridad, para que en ellos crezca hermoso y robusto el árbol de la virtud; hay que iluminar las inteligencias con la radiante antorcha de la caridad, para que los hombres no involucren las ideas, no trastruquen el verdadero y genuino concepto de las cosas; hay que arrojar por todas partes la semilla de la caridad para que se levante grandioso, imponente y magnífico el edificio de la verdadera civilización, sobre el polvo del pedestal de la soberbia.

Mientras esto no se haga seguiremos enfermos, muy enfermos!... con enfermedad repugnante y gangrenosa! Recordemos á cada momento, con el íntimo interés que deben inspirarnos, aquellas preciosísimas palabras del Apóstol: «que ninguna obra nos aprovecha sin la caridad»; que

«sin la caridad nada somos.» De nada sirven las aparentes grandezas, ni los fugaces honores, ni el placer que pasa rápido, si la caridad no nos informa. Caridad! para que seamos dulces con nuestros semejantes; respetuosos, nobles, dignos, considerados; para que toquemos la cima de la gigantesca montaña del amor, subiendo á ella por el camino del sacrificio, porque «nadie tiene más caridad que aquel que dá la vida por sus amigos,» y nuestros amigos deben ser todos los hombres, porque todos los hombres son hermanos nuestros. Humildad! para vernos siempre pequeños, débiles y necesitados de consejos y de ayuda; para hacer justicia á los demás, encontrando para sus caídas la disculpa de aquel santo: *ha obrado mal, es cierto, pero yo en sus circunstancias hubiera obrado peor.*

El egoísmo, la soberbia, la impiedad, nos llaman á la lucha... ¿Seremos cobardes? Nunca: no rehusemos el puesto del peligro; si sucumbimos en el campo de batalla, los ángeles colocarán sobre nuestras cabezas la corona de los héroes; María Santísima envolverá nuestra alma con su hermosísimo manto; con melodías celestiales resonarán en nuestros oídos estas suavisimas palabras: *Ven, siervo bueno, ven, entra en el gozo de tu Señor!* la sangre de nuestras venas, derramada generosamente por nuestro Dios, será semilla de héroes; sobre nuestro cadáver venerando, extenderá su manto la caridad. ¡Qué muerte tan dulce! qué muerte tan tranquila! qué fin tan dichoso!

Pero, hermanos: ¿á la guerra? ¿á la guerra los hijos del Dios de la paz y del amor? Sí; á la guerra noble, á la guerra en el campo del espíritu, en el mundo de las ideas. Somos soldados: nuestro Capitán es nuestro Señor Jesucristo, la cruz nuestra espada, nuestra coraza la caridad, nuestro código militar el Evangelio. A la lucha con el ejemplo y con la mansedumbre, sin la violencia, sin la coacción.

A la razón convincente de la metralla de vuestros cañones ó de las balas de vuestros certeros fusiles conseguireis rendir una plaza; la razón fuerte de la piqueta demolidora del tiempo todo lo destruye; al embate rudísimo de una fuerza mayor cayeron rendidos los prodigios de la fuerza: se convirtieron en escombros soberbios castillos, imponentes fortalezas, fastuosas moradas, imperios y tronos; ejércitos potentísimos, arrollados en la dispersión y reducidos á la impotencia, nos aseguran de que lo más inquebrantable cae, se desmembra, se arruina, por la obra insistente de los elementos, ó por la suprema razón del empuje de las balas ó del fuego de los cañones. El coloso de la razón humana se resiste á la violencia: es luz y solo á la claridad de una luz mayor se rinde. Nosotros no necesitamos de cañones ni de balas: llevamos la verdad y la verdad se abre paso por sí misma. A todos nos alcanza la ley dulcísima del trabajo, pues la corona del premio no se ha tejido para el ocioso, sino para el que pelee con valor. Nuestro Dios reclama de nosotros la unidad de aspiraciones, la unión de fuerzas. Oigamos á Dios y luchemos por su gloria. Nosotros, los sacerdotes yendo al frente del ejército, dando ejemplo con nuestros actos, porque, bien lo sabéis: el pueblo será lo que sea el sacerdote; debemos estar en contacto con el pueblo, para que el pueblo nos conozca y conociéndonos nos ame, nos tenga como cosa propia y se confíe á nosotros. Con la dulzura ganaremos el mundo, si el mundo nos ve siempre al frente de sus empresas, bendiciendo sus industrias, colocados á la cabeza de su progreso, si el mundo descubre en nuestra alma un excelente fondo de caridad!.. Atraigamos! no alejemos; bendigamos no excreemos; seamos irreprochables para que podamos reprender. Que el mundo nos vea unidos, celosos de nuestra mutua honra, solícitos por el buen nombre de nuestros hermanos, caritativos y humildes y que la ca-

ridad y la mansedumbre sean el distintivo de los hijos de la cruz.

Ya sabeis, hermanos, por qué no somos felices: ya sabeis por qué la desolación está esparcida por la tierra.

Qué se ha hecho de ti, preciosa caridad cristiana, que brillaste espléndida en el corazón de Dios clavado en la cruz, y que, para convertirte en mar de redención y envolver en tus aguas salvadoras á los hombres, brotaste de aquel corazón santísimo?... Por los frutos conocemos el arbol y los frutos principales, los mejores, los que hartan de ventura el alma y el corazón, los que nos transfiguran, nos elevan hasta Dios y nos hacen imitadores fieles de Nuestro Señor Jesucristo, son: el espíritu de pobreza y la inclinación al buen concepto de nuestros semejantes; aquellos sanísimos frutos que brotan de la semilla de la palabra de Dios: BIENAVENTURADOS LOS POBRES DE ESPIRITU.... De ellos, de los pobres reales ó voluntarios, es el reino de los Cielos.

No creemos en Nuestro Señor Jesucristo: ¿qué hemos de creer? Si tuviéramos una fe firme, firmísima en su palabra infalible, en los pobres veríamos al Señor y haríamos de las riquezas el uso que nos prescribe San Pablo: *Que los que poseen vivan como si no poseyeran*. No se nos dan los tesoros para que abusemos de ellos, ni para que vivamos como si toda la dicha la constituyeran los placeres, ni para que con el ruido del oro acallemos la voz de la conciencia que nos habla de otra vida... no. No somos dueños de nuestros bienes: somos administradores. ¡Ay, Dios mío! Mientras nos rodeamos de comodidades, desafiando los frios con todo el refinamiento de la molice; mientras cubrimos nuestros cuerpos con ricas pieles; mientras

arrastramos por los salones sedas y gasas; mientras aguzamos el ingenio para buscar, en los saraos, en los círculos ó en las reuniones de familia recursos con que entretenernos, hartos ya de la languidez del ocio; mientras calmamos las ansias de estos sentidos exigentes con suculentos manjares, con delicadas esencias, con músicas armoniosas... Jesús, nuestro adorable Jesús, en la persona del pobre, está desnudo, está temblando de frío; extenuado por el hambre, cae en medio del arroyo sin alientos y sin fuerzas. ¡Dios mío! nos tiendes tu mano sacratísima, taladrada con los clavos de nuestra ingratitud, y ¡ni te miramos siquiera! ¿Cuál será nuestra respuesta en el día de las eternas justicias, cuando nos digas que tuviste hambre y no te dimos de comer, que te consumieron los ardores de la sed, y no tuvimos una gota de agua con que humedecer tus labios? ¡Desgraciados de nosotros si no redimimos nuestros pecados con la limosna!



Con ser dulcísimo el fruto del amor á la pobreza, lo es todavía más, mucho más, el de la tendencia al buen concepto de nuestros semejantes. Faltando al precepto de la caridad en este sentido, casi casi atamos á Dios las manos, casi casi ponemos á la misericordia de Dios obstáculos insuperables. Es difícilísima, si no imposible, la reparación del daño que causamos con la infamia, con la detracción y con la calumnia, y sin la restitución en el hurto de lo honra ¡no podemos salvarnos! Los anatemas fulminados contra aquellos que se someten al odio, que se dejan inspirar por la soberbia ó por la envidia, aterran y estremecen. Ni á nuestros enemigos siquiera debemos odiar: debemos amarlos... En la tribulación Dios nos ama y nos consuela! Dios prueba al alma en el sufrimiento y ¡el sufri-

miento redime! ¿Qué te importa, cándida virgen, la soledad en que sufres angustiosos sinsabores? Dios te acompaña; tu cabeza, rendida bajo el peso del infortunio, descansa en los brazos de Jesús; esos suspiros que brotan de tu pecho desgarrado, serán cadencias divinas y murmullos celestiales, cuando se eclipsen los ojos de tu cuerpo; los ángeles enjugarán esas lágrimas preciosas con que lamentas el crimen de los que intentaron manchar tu honra. ¡Qué espectáculo tan grandioso presenta tu dolor! Tu honra está limpia: Dios la guarda. Perdonas ya, purísima doncella, á los que te han ofendido?... Si, si; los perdona y ¡los bendice! También nosotros bendecimos con toda nuestra alma á los que han llenado de heridas nuestro corazón; nos vengamos de ellos con la venganza sublime de nuestro Señor Jesucristo... Con el envenenado puñal de la envidia nos abrieron la puerta de la gloria; esa sangre que brota de nuestra alma... no la toqueis... ¡es sagrada!... los ángeles la recogen con esmero; con ella comparamos la eterna felicidad.

Cómo realza nuestra figura la virtud del amor! Qué grandes nos hace! Mucho más grandes seremos, si adornamos nuestra alma con las joyas valiosísimas de la humildad: de una humildad sencilla, franca y espontánea. Al valor de la humildad debe María Santísima su extraordinaria grandeza. Tu lo has dicho, Madre mía: **ME LLAMARÁN BIENAVENTURADA TODAS LAS GENERACIONES**, no porque la nieve envidia mi inmaculada blancura; no porque la esencia de mis suspiros embalsame el aura; no porque los rayos del sol se purifiquen en mis miradas; ni siquiera porque yo soy la elegida para dar carne mortal al Dios Inmortal. **Me llamarán bienaventurada PORQUE EL SEÑOR SE HA FIJADO EN LA HUMILDAD DE SU SIERVA.**

.....

Hermanos:

Con vuestros corazones y con el mio, que arden hoy en deseos de esas virtudes preciosas, voy á formar un ramo... Para Ti, ¡mi Dios! Ahí le tienes, á tus plantas, Jesús mio. Rocíale con el rocío de la CARIDAD y de la MANSEDUMBRE.

Amen.





*Quis Deus magnus sicut  
Deus noster?*

Qué Dios hay grande como  
nuestro Dios?

SALMO LXXVI, v. 14.

---

*Quis sicut Deus Dominus  
noster qui in altis habitat et  
humilia respicit in coelo et  
in terra?*

Quién como el Señor Dios  
Nuestro que habita en las al-  
turas y atiende á las cosas hu-  
mildes en el cielo y en la tierra?

SALMO CXII, VERSS. 5 Y 6.

---

QUIÉN COMO DIOS?